

Conéctate



TAMBIÉN EL ALMA NECESITA ALIMENTO

TÚ PUEDES CAMBIAR
COMO LA ORUGA, QUE SE
VUELVE MARIPOSA. LA
TRANSFORMACIÓN QUE
DESEAS ES POSIBLE.

CAÍDAS HACIA ARRIBA
NO HAY PROGRESO SIN
OBSTÁCULOS

TÓMATE TIEMPO
PARA REÍR Y AMAR
¿QUÉ RECUERDOS
GUARDARÁN TUS HIJOS DE TI?

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: www.auroraproduction.com/castellano

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L.
México, 64000

Conéctate
Casilla de correo 815
Correo Central 1000
Capital Federal
Buenos Aires
Argentina

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
Chile

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá
Colombia

Activated!
P.O. Box 4307
Orange, CA 92863-4307
USA

conectate@conectate.org

EN INTERNET
www.conectate.org

DIRECTOR
Gabriel Sarmiento

DISEÑO
Giselle LeFavre

PRODUCCIÓN
Francisco López

Número 16
© 2000, Aurora Production AG,
Suiza. Es propiedad.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

a nuestros amigos



Es muy probable que no haya en el planeta una sola persona completamente satisfecha consigo misma. Unos se consideran demasiado gordos, otros demasiado flacos, otros demasiado bajos o demasiado altos o demasiado comunes o demasiado distintos o demasiado algo. Encima cargamos malos hábitos, debilidades y rarezas que nos impiden ser felices, alcanzar el éxito o relacionarnos armoniosamente con los demás.

Con el tiempo la mayoría nos damos cuenta de que una de las claves de la felicidad es aprender a aceptar ciertos rasgos de nosotros mismos que no podemos cambiar o que no revisten tanta importancia, y concentrarnos más en aquellos que sí podemos modificar y son importantes. Alguien resumió sabiamente esa idea en una formidable oración que reproducimos enseguida: «Señor, danos serenidad para aceptar lo que no puede cambiarse, valor para cambiar lo que debe cambiarse y sabiduría para distinguir lo uno de lo otro».

Si se lo pedimos, Dios nos ayudará a efectuar los cambios positivos que deseamos en nosotros mismos. Además nos concederá serenidad, valor y sabiduría. La Biblia abunda en promesas acerca de ello: «Si permanecéis en Mí [Jesús], y Mis Palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho» (Juan 15:7). «No negaré ningún bien a los que andan en integridad» (Salmo 84:11). «Nada hay imposible para Dios» (Lucas 1:37).

Habiendo establecido este principio, ¿qué nos corresponde a nosotros? ¿Cómo hacemos para que Dios actúe en nuestra vida y nos transforme? ¿Cuánto necesita o espera Él de nuestra parte? Es nuestro deseo que el presente número de *Conéctate* contribuya a responder esos interrogantes y conlleve soluciones que hagan de ti una persona mejor y más feliz.

...

Gabriel Sarmiento
En nombre de Conéctate



reacción

EN CADENA

en varias prisiones rumanas

Todo comenzó cuando un hombre con el que intercambio correspondencia desde hace algún tiempo visitó a su hijo en prisión. Ese señor se llama Ilie, tiene 70 años y vive en Rumania. Cada vez que le escribo, le adjunto un folleto cristiano. En una de sus visitas a la prisión le pasó a su hijo un afiche que yo le había enviado. Éste, a su vez, se lo dio a un compañero de presidio —Ovidiu—, quien también empezó a cartearse regularmente conmigo. Con un poco de aliento de nuestra parte, Ovidiu empezó a hablarles a los demás internos del amor y perdón de Jesús y de Su poder para transformar corazones y vidas.

A lo largo del año siguiente, Ovidiu conquistó a más reclusos para el Señor. A medida que éstos fueron trasladados a otras prisiones, se produjeron más conversiones en las mismas. Al presente, 12 internos de cinco prisiones pregonan activamente la Buena Nueva entre sus compañeros. Cada mes son más quienes lo hacen, y más reclusos se salvan.

Varios de ellos me han escrito para decirme que, cuando Ovidiu recibe una carta mía, es como un día festivo para él y los demás compañeros de la prisión. A continuación reproduzco algunos pasajes de cartas que he recibido recientemente de ellos. ➤

Ovidiu, de veintiséis años, cumple una sentencia de nueve. Me escribe: «No puedo creer cuántas cosas han cambiado desde que comencé a cartearme contigo. No me refiero únicamente a la felicidad que me diste al darme a conocer a Jesús, mi Salvador, sino también a los muchos amigos que tengo hoy en día, gracias al amor que tú y Él me manifestaron.

»Al principio fue difícil. Estaba solo y me sentía abandonado en este mundo. Pero tú me hablaste del amor, me lo manifestaste a través de gestos de bondad y me animaste a brindar ese mismo amor a los demás y a hablarles de Jesús. Hoy soy un hombre feliz y me siento realizado. Por haber escuchado y llevado a la práctica lo que tú me dijiste, he ganado muchos amigos en Jesús.

»Todos los que te escribimos nos tenemos un gran aprecio y nos ayudamos el uno al otro a superar los momentos más oscuros. Albert es uno de ellos. De no haber sido por él, yo no habría aprendido tanto a explicar el amor de Dios a los demás internos. Tiene mucha facilidad de palabra para pregonar el amor de Dios, y lo respetan por ello.»

Albert tiene 35 años y cumple una sentencia de 22 por homicidio. A los reclusos sentenciados por homicidio premeditado solo se les permite escribir una carta al año. Para escribir más tienen que llegar a un arreglo con otro preso para enviar cartas en su nombre. La primera vez que Albert quiso escribirme, ya había usado su carta anual para escribir a su madre. Así que le dio a otro recluso todos sus almuerzos durante un mes para poder escribir una carta en su nombre.

En la cuarta carta que me escribió, me dijo: «No sé cómo darte las gracias. No tengo palabras para expresar lo que está ocurriendo en mi corazón. Hasta que recibí tu segunda carta, no sabía lo que significa amar ni ser amado por alguien. Durante 35 años pensé que el amor era solamente producto de la

imaginación de la gente.

»Al fin he hallado lo que buscaba. De hecho, ni siquiera sabía que lo buscaba, pero lo encontré. Lo que necesitaba era alguien a quien amar y alguien que me amara. Y tú trajiste a esa Persona —Jesús— a mi vida. Antes de recibir tu carta no pensaba en otra cosa que salir de prisión cuanto antes. Ahora lo único que quiero es poder manifestar amor a quienes lo necesitan. Y Jesús me ha dado ocasión de hacer precisamente eso. Aquí todos arden en deseos de escuchar una palabra de aliento y recibir un poquito de amor manifestado por un corazón sincero. Estoy muy contento de tener esta oportunidad de amar a los demás y de recibir a cambio el amor de Dios por medio de ellos.

»Ahora ya no me importa tanto estar encerrado aquí. Ya no marco una línea en la pared de mi celda por cada día que pasa. ¡Soy feliz! ¡Te lo agradezco muchísimo! Le agradezco a Jesús de todo corazón el amor que me ha dado. Quiero que todo el mundo sepa que yo —un asesino— encontré felicidad, amor y perdón en Jesús. Mientras viva, hablaré a los demás de Su amor.»



Vasile, de 30 años, cumple 14 años de condena por homicidio. En su segunda carta me explica: «Nunca pensé que podría ser perdonado por el aborrecible acto que cometí. Mi amigo Albert me dio a leer las cartas que le enviaron. No pude contener el llanto. Nunca he sido verdaderamente feliz en la vida, mucho menos he derramado lágrimas de alegría, pero ¿qué más podía hacer cuando Jesús se apoderó de mi corazón? Albert hizo todo lo que pudo para ayudarme a llegar al punto de orar por mi salvación. Jamás pensé que llegaría a conocer la alegría que siento ahora.

»Las cartas que nos escribes lo ponen todo en términos tan simples y fáciles de entender. Este mes voy a escribir a mi familia. Tienen que enterarse de la gran transformación que se ha operado en mi vida y es preciso que también acepten a Jesús.

»Ahora soy verdaderamente feliz. La paz se apoderó de mí. Fue así de simple. Jesús me transformó enseguida. Estoy asqueado de la vida que llevaba antes, porque la vivía sin Él. Jamás volveré a desecharlo. Les ruego que me escriban todo lo que puedan. Quiero saberlo todo acerca de Jesús y Sus enseñanzas para poder explicar a los demás que ellos también pueden conocer Su amor.»

Petrisor tiene 37 años y es un homicida convicto. En su primera carta me escribió: «¿Es verdad lo que me dijo Albert del amor de Dios? ¿Es cierto que ustedes también nos aman a pesar de ser nosotros asesinos? ¿Es verdad que podemos recibir el perdón de Dios? Les ruego que me escriban acerca de estas cosas. Estoy completamente solo en el mundo y he hecho tanto mal que no tengo esperanza siquiera para la próxima vida. Sin embargo, Albert habla de Jesús con mucho sentimiento, como si fuera su mejor amigo, que lo envió a hablarme. Por favor, mándenme lo que enviaron a Albert para leer. Quiero conocer a Jesús como lo conoce él.» □

Viorel, de 29 años, es hermano de Albert. Hace poco este último fue transferido a la misma cárcel donde su hermano cumple una sentencia de 14 años. (A los reclusos sentenciados por homicidio los trasladan con frecuencia de un recinto penitenciario a otro para dificultar los intentos de fuga.) Albert le habló a Viorel de nosotros. En su primera carta, Viorel nos contó: «No sé cómo es posible que Albert haya cambiado tanto, pero es un hombre nuevo. Si alguien como él pudo experimentar semejante transformación, y si, en efecto, Dios es capaz de amar a una persona con un pasado como el suyo, eso significa que quedan esperanzas para mí. De golpe la vida puede dar un giro inesperado y cobrar sentido. Les ruego que me escriban y me cuenten más detalles de las cosas hermosas de las que mi hermano me ha hablado. No quise admitirlo delante de él, pero necesito el amor de Dios. Estoy perdido sin él. Por favor, ayúdenme a convertirme en el hombre feliz y sosegado que es él ahora.»



Nadie hay tan malo o tan insignificante que Dios no lo ame o no vele por él.

Dios hará cualquier cosa por ti si le das ocasión.



TÚ PUEDES cambiar

MENSAJE DE JESÚS PARA TI

Cualquiera puede cambiar, porque Yo puedo transformar a cualquier persona que lo desee y acuda a Mí. De hecho, puedes convertirte en lo que quieras, puedes ser todo lo feliz que quieras y gozar de todo el sentido de realización que desees. Puedes sentirte tan satisfecho y contento como quieras, puedes tener un enfoque tan positivo como quieras. ¡Está dentro de Mi capacidad darte todas esas cosas!

Los cambios que anhelas en tu vida son posibles. No importa cómo hayas sido hasta ahora ni cuanto tiempo lleves así. Ni siquiera importa si lo que procuras transformar es parte de tu personalidad o de tu naturaleza innata o si se trata de algo que te parece irreformable. Puedes cambiar aunque te consideres incapaz de hacerlo, pues Yo puedo transformarte. Si Yo creé el mundo y todo lo

que en él hay, ¿no ves que es poca cosa para mí convertir una sola vida en una nueva y mejor?

Has visto el curso de la naturaleza, cómo el gusano se encierra en un capullo y sale hecho una llamativa mariposa, diferente y hermosa, totalmente transformada, una criatura íntegramente nueva. Sin embargo, cuando piensas en ti mismo, dado que nunca has experimentado una metamorfosis tan radical, desconfías de que semejante transformación sea siquiera posible.

Imagínate por un momento la primera oruga en el Huerto del Edén y lo triste que debe de haberse sentido al pensar que estaba destinada a ser una fea criatura rastrea el resto de sus días. Si le hubieras dicho que un día tejería un capullo donde se alojaría para dormir un largo sueño y que emergería de él conver-

tida en una hermosa criatura voladora, con alas de vivos colores, ¿acaso te habría creído?

Yo le enseñé a esa oruga a fabricarse un capullo, y lo hizo. Cuando hubo hecho su parte, Yo obré el milagro y la transformé. Desde entonces hasta el presente resulta natural para las orugas convertirse en mariposas. Así pues, si Yo fui capaz de obrar ese milagro, esa transformación, para una de Mis criaturas más pequeñas, ¿no te parece lógico que pueda hacer lo mismo por ti?

Todo comienza con una chispa de fe. Puedo hablarte al corazón y encender esa chispa allí, una chispa de fe que te dice que Yo puedo y quiero ayudarte a cambiar. Ahora bien, para que Yo pueda seguir obrando en ti y concretar esa transformación, debes colaborar al máximo conmigo. No basta con que creas en

lecturas suculentas

Siete claves para crecer espiritualmente

Depender del Señor

- 1 Salmo 138:8
Juan 3:27
Juan 15:5
Efesios 2:8-9
Filipenses 4:13
Santiago 1:17

Deseos de crecer

- 2 Salmo 107:9
Salmo 145:18-19
Proverbios 2:1-5
Mateo 5:6
Lucas 11:9

Oración

- 3 Jeremías 33:3
Mateo 7:7-8
Mateo 21:22
Juan 15:7
Juan 16:24
Filipenses 4:6

Dedicación

- 4 1 Corintios 9:24-27
1 Corintios 13:11
Filipenses 3:13-14
Hebreos 12:1
2 Timoteo 2:4-5

La Palabra de Dios

- 5 Josué 1:8
Salmo 119:9
Salmo 119:11
Salmo 119:98-100
Jeremías 15:16
Juan 8:31-32
1 Pedro 2:2
2 Pedro 1:2-4

Aplicación

- 6 Salmo 119:59-60
Job 17:9
Mateo 7:24-25
Filipenses 2:12
1 Timoteo 4:15-16
Hebreos 2:1
Santiago 1:22-25

Paciencia

- 7 Proverbios 4:18
Lucas 8:15
Romanos 2:6-7
Filipenses 1:6
Hebreos 10:36
Hebreos 12:1
Santiago 1:3-4

tu corazón; debes también rendírmelo. Al igual que la oruga, debes acudir a Mí y recibir Mis instrucciones. Luego, tienes que estar dispuesto a hacer lo que Yo te indique. Sólo entonces podré operar los cambios que ansías. Y aun así, éstos no se materializarán de la noche a la mañana. Ciertos aspectos de ese milagro pueden suceder instantáneamente, en el momento que creas, me lo pidas y te sometas a Mí; otros llevarán más tiempo. Pero en la medida en que sigas acudiendo a Mí y hagas lo que te pido, la transformación se producirá. ¡Te lo prometo!

¡Ya ves, pues, que todo es posible! Poco importa cuánto tiempo lleves en tu condición actual, o lo malo que creas ser. Da igual lo que pienses de ti mismo, pues Yo soy capaz. Para Mí todo es posible, si crees. □



Samuel Cordón

—¿Pueden alojarme esta noche? —nos preguntó Carlos por teléfono con voz temblorosa—. Después de la pelea tan terrible que acabo de tener con mi esposa, no puedo regresar a casa.

Sabíamos que por aquel entonces atravesaba un período muy difícil de su vida. Para empezar, el cargo al que aspiraba, el de gerente general de la empresa, le había sido conferido a otra persona. A los pocos días tuvo un grave accidente de tránsito del que afortunadamente salió ileso. Para colmo, en esos días se le desataron toda clase de conflictos matrimoniales. Todo le estaba saliendo mal.

Lo invité a casa. En realidad no sabíamos cómo animarlo ni qué consejo ofrecer para ayudarle en su conflicto personal. Así las cosas, antes de su arribo, mi esposa y yo oramos fervientemente pidiendo al Señor que nos guiara.

«Lo mejor que puedes hacer es regresar a casa y decirle lo mucho que la quieres.»

Cuando llegó lo vimos desconsolado. La noche anterior acababa de sufrir un nuevo accidente de tránsito. En esta ocasión el auto quedó como un acordeón. Su esposa estaba enojadísima.

Antes de preguntarle por qué creía que le estaban sucediendo todas esas cosas, dejamos que se desahogara. Empezó por quejarse de su esposa, que lo regañaba insistentemente por su afición a la bebida.

—¡Siempre me anda fastidiando por lo mismo! ¡Le molesta que yo la pase bien! —afirmó.

No aceptaba la actitud de su mujer con respecto al trago.

Empezamos por decirle que lo primero que debía hacer era dejar de achacarle a todo el mundo sus problemas. Le hicimos ver que tal vez el origen de sus

muchas dificultades radicaba en que no había estado leyendo la Biblia tanto como solía. Había dejado de esforzarse por vivir unido al Señor, y quizás estaba sufriendo las consecuencias de que Él le hubiera retirado Su protección.

—Dios no nos manda contrariedades sólo para vernos sufrir —le comenté—. Pero es cierto que a veces las permite, pues sabe que sólo recurrimos a Él con seriedad cuando nos vemos en apuros. A veces no le queda más remedio que mandarnos dificultades para que escarmentemos. Así, cuando empiezan a sucedernos cosas malas nos ponemos a rezar, a leer la Palabra y a hacer lo que Él ha dicho. Luego, una vez que nos volvemos a encarrilar y hacemos lo posible por amar al Señor y



LA transformación DE CARLOS

a los demás y obedecer las pautas que nos ha marcado por amor, Él puede bendecirnos y cuidar de nosotros. Es lo mismo que sucede cuando un padre permite que su hijo sufra las consecuencias de sus acciones para que escarmente y madure.

»No es que el Señor espere que seamos perfectos. Lo que importan son nuestros móviles: si sinceramente estamos haciendo todo lo posible por obrar bien. Cuando es así, el Señor también hace todo lo posible por cuidarnos, protegernos y darnos felicidad. Claro que a veces no le queda más remedio que enviarnos dificultades como freno, para que le escuchemos.»

Luego le conté el testimonio de cómo el Señor me había librado a mí del alcoholismo. Le dije que él también podía librarse de ese vicio, que era la razón principal por la que su esposa estaba tan preocupada y enojada con él, y que a la larga le

iba costar su matrimonio.

La situación de Carlos me recordó la historia de Esaú en la Biblia, que a causa de su falta de visión se dejó llevar por el hambre y cambió toda su herencia por un plato del guiso de su hermano Jacob (Génesis 25:29-34). Le conté la historia a Carlos y le expliqué cómo me parecía que se aplicaba a su situación. Era como si Carlos estuviera cambiando la felicidad de su matrimonio por un vaso de whisky.

—Por huir y no afrontar la situación —añadí—, puedes acabar con tu matrimonio. Lo mejor que puedes hacer es regresar a casa, disculparte con tu mujer y decirle lo mucho que la quieres.

En ésas se echó a llorar y nos dijo que nadie le había hablado jamás de esa forma, y admitió que yo tenía razón. A medida que seguimos conversando, decidió cambiar, rehacer su vida y procurar compensar el daño causado.

Leímos algunos versículos pertinentes de la Biblia y mi esposa y yo oramos para que se operara en él una transformación total y duradera y para que Dios lo ayudara a dejar la bebida.

Pocos días después, cuando lo visitamos en su oficina, estaba radiante. Nos dio un fuerte abrazo y nos dijo:

—¡Dios me transformó!
¡No tengo palabras para agradecer a Dios y a ustedes lo que han hecho para traerme a buen camino!

Nos contó que las cosas estaban mejorando enormemente con su mujer y que ambos estaban felices.

No cesamos de dar gracias al Señor por los cambios que ha obrado en la vida de Carlos. Cuando oramos, ¡él nunca falla!

«Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17). □

Tómate tiempo para reír y amar



Criar con el corazón

Nota de la Redacción: Nos complace presentarles esta nueva sección de nuestra revista, en la que ofreceremos regularmente a los padres consejos, enseñanzas y relatos reconfortantes sobre la crianza de los primorosos niños con que nos ha bendecido el Señor.

Mis tres hijas menores estaban de lo más contentas. Desde hacía una semana teníamos programada una excursión a la playa y finalmente había llegado el tan ansiado día. En el último momento le pedí a una amiga que fuera en mi lugar porque yo tenía mucho que hacer. «Al menos eso me dejará tiempo para todas esas cosas que hace rato que tengo pendientes», pensé mientras juntaba ropa para lavar y remendar y mi costurero. Unos minutos más tarde, desde la ventana, vi cómo llegaba mi amiga y se marchaba con aquellas chiquillas llenas de expectativas de un día inolvidable. Las niñas se despidieron desde el auto:

—¡Chao, mami! ¡Que te diviertas!

«¡Divertirme?! Si supieran lo que tengo programado para hoy —dije para mis adentros—. Supongo que no me vendrá mal pasar unas horas hoy a solas.» Curiosamente, sin embargo, si me pongo a limpiar o a hacer alguna tarea o diligencia cuando me correspondería estar jugando con mis hijas, por lo general rindo mucho menos de lo que esperaba. De todos modos, ésa es también la labor de una madre, ¿no?

Me quedé sentada pensando en castillos de arena y niños riendo. Me imaginé a la más pequeña corriendo por la orilla mientras las mayores saltaban por encima de las olitas que venían a morir en la playa. ¡Cómo les encanta chapotear y caerse en el agua! Oré para que no sufrieran ningún accidente y lo pasaran muy bien. No había transcurrido una hora y ya las extrañaba. Ansiaba el momento en que llegarán y me contarán todo lo que habían hecho.

Me detuve a hacer una pequeña oración. «Jesús, ¡me has bendecido con unas niñas tan alegres y hermosas! Tu Palabra dice que herencia del Señor son los hijos*. ¡No podrías haberme dado una mejor! ¡Gracias por estas preciosas niñas!» [*Salmo 127:3]

•
Cuando volvieron, salí a recibirlas.

—Muchas gracias por llevarlas —le dije a mi amiga—. Tenía tanto que hacer...

—Ellas dicen que a ti también te gusta mucho la playa —me respondió.

—Pero mamá está muy ocupada para divertirse —interrumpió la más pequeña.

Luego llegó la hora de bañarse. Las tres niñas se apiñaron en la bañera, y yo me enfrasqué en las tareas de siempre: sacar ropa limpia, echar la usada en el canasto de la ropa sucia, recoger todo lo que habían dejado regado. Todo el tiempo, aquellas palabras resonaban en mis oídos: «Mamá está muy ocupada para divertirse».

—Hoy hicimos un castillo de arena gigantesco! —exclamó Kimberly—. ¡Tendrías que haberlo visto, mamá! ¡Le habrías sacado una foto!

«¿Qué estoy haciendo? —me pregunté—. Todos los días mis hijas disfrutan de la vida plenamente, tal como Dios quiere, con todas sus enseñanzas y aventuras, y sobre todo divirtiéndose. ¿Cuál es mi papel en eso? ¿Qué recordarán más de mí cuando piensen en su niñez? ¿Dónde estaba yo a la hora de la diversión?»

Eché mano de un pote de crema de afeitar y mientras construía un castillo de espuma de proporciones inusitadas sobre el borde de la bañera, les pregunté:

—¿Qué les parece este castillo?

Me miraron con ojos como platos.

—¡Mamá está haciendo un desastre! —susurró Darlene a sus hermanas, que observaban atónitas.

Acto seguido, procedimos a hacernos pelucas de espuma, escribimos nuestros nombres en letra cursiva en los azulejos y nos hicimos unas largas barbas blancas como la de Papá Noel. Había espuma por todos lados. Y nos turnamos sacando fotos que atesoraremos para siempre. ¿Que si nos divertimos? Nos reímos a carcajadas hasta que nos dolía el estómago.



Esa noche cenamos un poco tarde, y como de costumbre no terminé todas las tareas que había programado para aquel día. Ya no me gusta la palabra *ocupada*, pues he abusado de ella. Claro que no hay que descuidar los quehaceres; pero mis hijas necesitan una madre amorosa y divertida más que una habitación impecable o la ropa perfectamente doblada y remendada. Mis hijas perciben mi amor mucho más en el tiempo que paso con ellas que en lo que hago por ellas. Siempre habrá tareas que hacer, pero he tomado conciencia de cuánto necesitan y aprecian los niños un momento espontáneo de esparcimiento y unas cuantas carcajadas juntos. Yo también. □



caídas hacia arriba

Compilado a partir de los escritos de David Brandt Berg

La vida es una larga experiencia didáctica. Para quienes conocemos y amamos a Jesús, Él es nuestro Maestro. Por sobre todas las cosas, quiere enseñarnos todo lo que necesitamos saber sobre Su esencia, Su amor y la salvación que nos ofrece, y cómo podemos rendir a Él y a los demás el mayor de los servicios.

Dios sabe que ninguno de nosotros puede lograr gran cosa si dependemos de nuestras presuntas fuerzas y sabiduría. Es más, Jesús dijo: «Separados de Mí, nada podéis hacer» (Juan 15:5). Por otra parte, la Biblia también dice que «todo lo podemos en Cristo que nos fortalece» (Filipenses 4:13). ¡He ahí la clave! Tenemos que aprender a someternos al Señor para que Él pueda obrar el bien por medio de nosotros.

Claro está que aprender a depender más del Señor no es

algo que se logra en un santiamén. Requiere tiempo y experiencia, y en muchos casos implica enfrentar dificultades y sufrir aparentes derrotas. Es casi interminable la lista de todos los hombres de la Biblia a los que Dios tuvo que humillar antes de poder valerse de ellos. Tuvieron que aprender que ellos no estaban a la altura de las circunstancias y que el mérito de todo bien que hicieran le correspondía a Dios.

José es un claro exponente de ello. Su padre, Jacob, tuvo 12 hijos, de los cuales José era el preferido. Al final sus hermanos mayores sintieron tanta envidia de él que poco faltó para que lo mataran. Lo echaron en una cisterna y luego lo vendieron como esclavo. Pero el Señor se valió precisamente de eso para humillarlo. José tuvo que convertirse en esclavo y ser condenado como un delincuente antes que Dios

podiera exaltarlo, convertirlo en el segundo hombre más poderoso de Egipto y valerse de él para salvar a Su pueblo del hambre (Génesis capítulos 37,39-41).

Otro caso es Moisés. Durante 40 años recibió preparación nada menos que en la corte del faraón. Si bien dice la Biblia que fue «enseñado en toda la sabiduría de los egipcios» (Hechos 7:22), Dios todavía no podía valerse de él para conducir a Su pueblo a la libertad, porque estaba lleno de la sabiduría de este mundo. Primero Moisés tuvo que sufrir quebrantos. Por eso Dios permitió que se convirtiera en fugitivo de Faraón y que viviera 40 años en el desierto, sin hacer otra cosa que cuidar ovejas. Luego de ese largo periodo de abatimiento y humillación por fin estuvo en condiciones de que Dios se valiera de él para realizar la



gran misión que le tenía destinada (Éxodo capítulos 2 y 3).

Y ¿qué se puede decir de David, el mayor rey que tuvo Israel? Cuando se enamoró de Betsabé, hizo adrede que mataran a Urías, su esposo, en acto de servicio, y luego trató de encubrir su crimen con mentiras y artificios. Dios tuvo que desenmascarlo, humillarlo, y juzgarlo severamente. Como consecuencia, al poco tiempo Absalón, su propio hijo, lo traicionó y le arrebató el trono por una temporada (2 Samuel capítulos 11,12,15). Pero ¿fue la caída de David verdaderamente una caída? ¿Lo abatió o lo elevó? Con Dios, a veces para subir hay que bajar; de hecho, casi siempre. Todo lo contrario de lo que creemos nosotros. Aquel error derivó en la humillación de David y en la vergüenza del reino. Les recordo a todos que su grandeza dependía exclusiva-

mente del Señor. Además, de las desgracias y reveses que sufrió David, brotó la dulce miel de los salmos y la fragancia de sus alabanzas al Señor por la misericordia que éste les demostraba.

Consideremos el caso del gran apóstol Pablo. En sus inicios fue un destacado activista judío conocido como Saulo, que se abocó personalmente a la tarea de exterminar a la secta de los seguidores de Jesús de Nazaret, un movimiento de rápida propagación. Cierta día en que Saulo cabalgaba hacia Damasco con la misión de encarcelar y ejecutar a cuantos cristianos encontrara, Dios tuvo ni más ni menos que derribarlo de su caballo y cegarlo con la fulgurante luz de Su presencia. Temblando, impotente y totalmente ciego, aquel rabino, antes tan orgulloso, hubo de ser llevado de la mano a la ciudad, donde permaneció tres días sin poder comer ni beber presa del susto. Un discípulo del Señor se presentó luego, le comunicó el mensaje de Dios y oró por sus ojos, tras lo cual Saulo se transformó en el apóstol Pablo. Pero antes de poder valerse de él, Dios tuvo que humillarlo, quebrantarlo y convertirlo en un nuevo hombre (Hechos capítulo 9).

De modo que aunque no siempre entiendas por qué estás atravesando pruebas, tribulaciones, dificultades y quebrantos, recuerda que Dios se propone algo con ello y sabe lo que hace. Él consigue algunas de Sus victorias más resonantes de aparentes derrotas. Victorias que nos hacen más sumisos, humil-

des, dóciles y totalmente dependientes de Él. Esos relatos de la Biblia son muy alentadores. No tenemos por qué abatirnos cuando parece que todo marcha mal y nuestras esperanzas se ven defraudadas.

Todos los que le han servido de algo al Señor tuvieron que ser quebrantados y humillados hasta que ya casi no podían más. De otro modo se habrían vuelto orgullosos y confiados en su talento y sus aptitudes innatas y habrían pensado que el mérito era todo suyo. Por eso Dios opta por valerse de lo débil y lo necio: para que nadie pueda jactarse en Su presencia (1 Corintios 1:25-29).

Dios no siempre ve las cosas como las vemos nosotros. Sus pensamientos y Sus caminos difieren de los nuestros (Isaías 55:8-9). Él no nos juzga conforme a nuestros éxitos y fracasos, sino según nuestros móviles y nuestra fidelidad. Llegará el día, en el Cielo, en que dirá a quienes le hayan sido leales: «Bien, buen siervo y fiel» (Mateo 25:21). No dirá: «siervo exitoso», sino: «siervo fiel».

Por eso, seamos fieles a Jesús. Y por sobre todas las cosas, no olvidemos que las derrotas aparentes pueden transformarse en grandes victorias si asumimos una actitud humilde y aprendemos lo que Él procura enseñarnos por medio de ellas, como hicieron esos hombres de la Biblia. «Estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos» (1 Corintios 10:11). □

Otra Otra Otra Oportunidad

UNA MAÑANA, UN MECÁNICO que en varias ocasiones había reparado nuestra furgoneta tocó a la puerta de nuestra casa en Korat, Tailandia. Estaba muy amargado y a la vez sumamente airado. Nos contó que dos días antes su

esposa lo había dejado por otro hombre y ahora quería la casa y esto y aquello. Nuestro amigo mecánico llevaba varios días bebiendo y no sabía qué hacer ni a quién acudir. Tenía un revólver en el auto y nos dijo que quería ir a matar a su esposa y a su nuevo compañero, y luego suicidarse.

El hombre no sabía bien qué lo había traído a nuestra puerta. Había estado dando vueltas sin rumbo y de golpe se encontró frente a nuestra casa. Naturalmente, fue el Señor quien lo trajo.

Mi esposa y yo procuramos calmarlo y hacerle ver que la solución no era matar a alguien. Le aconsejamos que, por imposible que le pareciera en aquel momento, lo mejor era dejar irse a su esposa y no tomarse la justi-

cia por su mano. Le dijimos que lo dejara en manos de Dios, que Él sabía lo que más convenía a todos los afectados.

Nos llevó un rato, pero finalmente se sosegó. Antes de irse, oró con nosotros para aceptar a Jesús, y juntos rezamos para que el Señor nos diera la solución al problema.

Al cabo de un tiempo volvió a pedirnos consejo. Su esposa había regresado y le había pedido que la perdona y le diera otra oportunidad. Todos sus amigos le aconsejaban que la rechazara. Nos preguntó qué debía hacer.

Le explicamos que, aunque la decisión dependía enteramente de él, el Señor siempre nos perdona nuestros errores y pecados y nos da ocasión de enmendarnos. Aquel mecánico —que para entonces se había hecho muy amigo nuestro— se alegró mucho de escuchar nuestro consejo, pues amaba mucho a su esposa, y su corazón le decía que eso era lo que debía hacer.

—¡Jesús y ustedes me han cambiado la vida! —exclamó antes de irse.

¡Qué maravilla cómo obra el Señor!, ¿verdad? □

Oración para hoy

Gracias, Señor, por Tus misericordias. Eres clemente conmigo y perdonas mis pecados, sean cuales sean. Tu misericordia es mayor que mis faltas. Nunca me das la espalda; antes me tomas en brazos, enjugas mis lágrimas y me consuelas. Siempre me entiendes, Jesús.

Y cuando me parece que te he fallado o que he defraudado a los demás, me estrechas aún más en Tu regazo. Me dices que no me preocupe, que tengo Tu perdón y que me ayudarás a superarme si hago otro intento. Te doy gracias, Jesús, porque me amas igual en los fracasos que en los triunfos.

Es reconfortante saber que siempre puedo acudir a Ti en busca del amor, el perdón y la ayuda que necesito.



Siento que una profunda herida que alguien me provocó me está arruinando la vida. ¿Qué puedo hacer para superar el dolor, la amargura y el resentimiento que albergo?

Alguien dijo una vez: «El perdón es la llave que abre los cerrojos del resentimiento y las esposas del odio. Es una fuerza que rompe las cadenas de la amargura y los grilletes del egoísmo.»

Para librarse del resentimiento y la amargura, el primer paso es perdonar. Y para perdonar de verdad a alguien es imprescindible deshacerse de todo lo que uno albergue en el corazón contra esa persona. Puede que no sea fácil, pero no se puede afirmar que uno ha perdonado si no ha olvidado. Al seguir culpando a otra persona, uno mismo se convierte en el causante de su propia infelicidad. En cambio, una vez que estamos dispuestos a hacer eso a un lado, Jesús puede ayudarnos a seguir adelante.

Sea cual sea la causa de la amargura y el resentimiento que abrigas, el amor de Dios es el bálsamo que cura la herida. Aunque no entiendas exactamente cuál es el conflicto suscitado entre tú y otra persona, el amor de Dios es la solución. Si le pides que te infunda amor por esa persona, Él te dará ocasión de volver a comenzar.

El amor es la mano que gira la llave del perdón

El amor cubre multitud de pecados (1 Pedro 4:8) y te dará la gracia y las fuerzas para no hacer caso de una ofensa o un desaire y perdonar a otros tal como tú precisas que te perdonen (Efesios 4:32; Colosenses 3:13).

Basta con que te olvides de ti mismo y pienses más en el prójimo. Esfuérzate por ayudar a tus semejantes, ora por ellos, demuéstrales cariño, y verás que así se resuelven casi todos los problemas. Si dejas de pensar en ti mismo y te preocupas más de tus semejantes, descubrirás que en ello reside la clave de la felicidad. En primera medida, pon la mente en Jesús. De ahí, Él te ayudará a pensar en el prójimo y a amarlo como a ti mismo (Mateo 22:37-40).

DAVID BRANDT BERG



SÉ UNA VASIJA DE MI AMOR

¿Te crees capaz de derramar amor por ti mismo? Si lo intentas, pronto verás que tu propio amor se queda corto. El amor verdadero, infalible y desinteresado no proviene de ti. No lo puedes generar por tu propia capacidad o esfuerzos, ni haciendo de él un hábito, ni por por tu conocimiento de cómo se debe amar. Sin embargo, si te llenas de **Mí** y de **Mi amor**, tendrás esa clase de amor en abundancia. Ese amor se extenderá entonces a todos aquellos con quienes te relaciones.

Primero debes dejar que te llene. No se puede llenar una vasija tapada o en movimiento. Debes ser una vasija vacía. Es preciso que permanezcas inmóvil con la boca destapada y esperes a que Yo te llene.

Pasa tiempo conmigo, y Yo te enseñaré a amar. Entonces **Mi rostro** resplandecerá sobre el tuyo. Y todos cuantos te vean sabrán que ese amor no proviene de ti, sino de **Mí**.

